

disputaban. Allí mismo, los más devotos, se lo comían, sangrando aun; otros lo llevaban á sus casas para darse opíparo festin; y los sacerdotes, modelos de crueldad, se reservaban siempre la cabeza, manos y pies. Después de tomado este alimento repugnante, se sentían en gran manera satisfechos, como si hubiesen practicado una obra en alto grado provechosa, porque las víctimas se consideraban como carne de santos, como restos que atraían bendiciones.<sup>1</sup>

Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*.—Cogolludo *Historia de Yucatán*.

## CAPITULO XV.

Las fiestas religiosas.—Bacab y Uayhaab, fiestas anuales de preparación para el año nuevo.—Fiesta de los médicos y hechiceros.—Fiesta de los cazadores.—Fiesta de los pescadores.—Fiesta de las mieles.—Fiesta de Kukulcán en Maní.—Fiesta de todos los dioses.—Fiesta de los colmeneros.—Fiesta de la fabricación de los ídolos.—Fiesta de los maizales.—Fiesta movable del sétimo ajau.—Fiesta de los ancianos.—Fiesta de los cacahuates.—Fiesta de los guerreros.

El año de los mayas empezaba el 16 de Julio, y, en todo el transcurso de él, se iban desarrollando, en serie repetida y sempiterna, variedad de fiestas, con diversidad de objetos, y consagradas á distintos ídolos.

La fiesta principal era la de año nuevo, dedicada á todos los ídolos, y á la cual se preparaban anualmente con abstinencias, ayunos, ofrendas y plegarias, cuya duración variaba según la devoción de cada individuo. Había quienes se preparaban con tres meses de anticipación; otros, con dos meses; y los más indiferentes acostumbraban guardar trece días de ayuno. Además, los cinco últimos días del año eran de recogimiento y de pública penitencia.

Ya hemos visto que los mayas adoraban á cuatro dioses denominados *bacab*, y á quienes suponían sustentadores del mundo, ó gigantescos apoyos que le servían de base. Les asignaban á cada uno un rumbo del horizonte, de modo que creían

que un *bacab* sostenía el mundo por el sur, otro por el norte, otro por el oriente, y otro por el poniente. De aquí es que les tributaban especial culto, y procuraban hacerselos propicios con servicios privados y solemnes. Imaginábanse que el Dios supremo, *Hunalku*, los había creado cuatro hermanos gemelos, dándoles la misión de conservar y gobernar el mundo, el cual, alternativamente, quedaba bajo su dominio é influencia. Se turnaban, pues, en el gobierno del mundo, y así, según fuese el que entrase de turno cada año, eran los hados, los agüeros y las esperanzas. A cada año correspondían fiestas en honor del *bacab* que entraba de turno para influir en los sucesos de la vida. A cada *bacab* le apropiaban una de las cuatro letras del cómputo maya, y, respectivamente, cada fiesta tenía sus solemnidades especiales, ritualidades, ofrendas y sacrificios marcados.

Haciendo pareja con los cuatro *bacabes* que reinaban en los cielos, se figuraban otros genios de los abismos, á quienes denominaban *uayeyab*, *uayhaab*, y á quienes, á la par, rendían homenajes, con el fin de evitar sus influencias malignas. Así, en cada año había un *bacab* y un *uayeyab* á quienes se consagraban especiales cultos.

Por esto se elegía, con anticipación de un año, á un vecino principal de cada localidad, para que en su casa se verificase el holgorio. En los términos de cada pueblo, ciudad ó aldea, era costumbre colocar, por los cuatro puntos cardinales del horizonte, dos montones de piedra, uno en frente de otro. Estos mojones no solo servían para partir términos, sino que eran el lugar de cita respectiva-

mente en cada año, para principiar las formalidades preparatorias de la solemnidad de los días aciagos. Había cuatro letras: *kan*, *muluc*, *ix* y *cauac*, las cuales servían para señalar el año, y para conocer los presagios del tiempo futuro. En el año en que la letra anual era *kan*, el mundo estaba bajo la influencia de *Kanal-Bacab*, á quien también llamaban *Hobnil*, *Kan-Pauach-Tun*, *Kan-Xib-Chac*. Este dios tenía su trono en el sur, su divisa era el color amarillo, y así, le llamaban *el dios amarillo*, *el hombre gigante amarillo*: el genio del mal, el demonio influyente en aquel año era también amarillo, y le llamaban *Kan-u-uayeyab*, *el brujo amarillo*.

Comenzaba la fiesta, este año, por fabricar un ídolo de barro de *Kanuayeyab*, y lo depositaban en los mojones del mediodía; luego, colocaban la estatua de otro ídolo, llamado *Bolomzacab*, en la galería de la casa del patrocinador de la fiesta. Esta casa se engalanaba de colgaduras, festones, flores y ramos verdes, y se constituía como adoratorio público. Desde la casa hasta las mojoneras del mediodía, las calles se barrían, limpiaban y adornaban con arcos de follage, y, cuando el local estaba ya listo, se congregaban allí numerosos hombres, que, presididos por el cacique y el sacerdote, iban en procesión hasta la mojonera del sur, donde previamente se había depositado la imagen de *Kanuayeyab*. Llegados al lugar, el sacerdote tomaba un brasero de barro lleno de carbones encendidos, y espolvorizando cuarenta y nueve granos de maíz molido con copal, sahumaba al ídolo, y, degollando luego una pava, se la ofrecía todavía sangrando. En seguida tomaba la imagen de *Kanuayeyab*, y la afirmaba sobre una as-

ta de madera, conocida bajo el nombre de *kanté*, (madero amarillo). Colocábanle á cuestras otra imagen de espantable figura que simbolizaba el agua, y, ordenada de nuevo la procesión, desandaban el camino de la casa del patrón, el cual se había quedado ocupado en ver aderezar bebidas de obsequio á los concurrentes.

La vuelta á la casa contrastaba con la ida á las mojoneras, pues mientras que á la salida iban todos circunspectos y con afectada devoción, volvían al son de sus instrumentos músicos, y bailando con regocijo en torno de la estatua de *Kanuayeyab*. Mandaderos del dueño de la casa salían al encuentro de la procesión con sendas jícaras de *picula-kahlá*, bebida preparada con cuatrocientos veinte y cinco granos de maíz tostado, y lo iban ofreciendo á los procesionarios, de preferencia á los señores y sacerdotes, que se holgaban de beberla aunque fuera como refrigerio del calor del día. En este concierto, y bailando sin tregua, alcanzaban la casa del patrón, y depositaban á *Kanuayeyab* en el extremo opuesto de la galería, frente por frente de la estatua de *Bolonzacab*.

Era el momento en que empezaban las ofrendas del cacique, de los señores y del pueblo. Cada cual se acercaba con presentes adecuados á sus condiciones y riqueza. Quien ofrecía aves, quien cuadrúpedos, unos cereales, otros carne y pescado. Había algunos que venían con pasteles de harina de maíz elaborados en forma de corazón y cocidos bajo de tierra, ó bien hechos de un amasijo de maíz y pepitas de calabaza. No faltaban quienes se cortasen las orejas, para sacarse sangre y untarla á una

pedra amarilla llamada *kanal-acantun*, losa sagrada, que se ponía á un lado de la estatua de *Kanuayeyab*, como de rito imprescindible.

Duraban estos cultos los cinco días anteriores al primer día del año, que consideraban como aciagos. Los pasaban en sahumeros, ofrendas y penitencias: el patrón de la fiesta asistía á todos estos actos, lleno de placer, tanto por superstición, cuanto por el lucro que sacaba con los numerosos donativos. Esmerábase en agasajar á los concurrentes, y, si eran foráneos ó extranjeros, era de cortesía ofrecerles algunos de los presentes hechos á los ídolos. Al sacerdote que oficiaba se le obsequiaba con la mejor pierna de venado.

En la víspera del año nuevo, por la tarde, se organizaba de nuevo la procesión: un sacerdote tomaba á *Kanuayeyab*, é iba á arrojarlo en los mojoneres del oriente, en tanto que el resto del concurso se dirigía al templo para colocar en él la estatua de *Bolonzacab*.

Al día siguiente era año nuevo, y el pueblo se entregaba á la alegría. Se renovaban todos los muebles de servicio, enjalbegaban sus casas, limpiaban y aseaban sus patios y calles. En el templo había gran solemnidad, acudían todos los varones vestidos de limpio, pintados de rojo, y llevando presentes de comida y bebida, y especialmente vino de *balché*, que, para aquel día, con tiempo se había preparado.

El sacerdote acompañado de los *chaques*, que ya en días anteriores habían sido electos, practicaba la ceremonia de purificación del lugar y expulsión de los espíritus malignos. Luego, los *chaques*

sacaban fuego nuevo que ponían en el brasero, y comenzaban á quemar el incienso, por orden, desde el sacerdote, hasta los señores y plebeyos.

Entretanto, se había preparado, en lugar decente y principal del templo, la estatua de *Itzamna-kanil*, á quien, en prestación de homenaje, quemaban tres pelotas de cierta resina llamada *kik*, le sacrificaban un perro, y á veces un hombre. Salían luego algunas docenas de viejas tarascas, vestidas de manera desenvuelta, y emprendían un baile de pasos torpes é indignos, el cual, terminado, se entregaban todos los concurrentes á comer y beber; el vino de *balché* corría en abundancia, y por lo común la embriaguez más completa, acababa por dominar á todos los devotos.

Al año siguiente, la letra anual era *muluc*, y ejercía su influencia el *bacab* del oriente, llamado *Chacalbacab*, *Chacpauahtun* y *Chacxibchac*, como genio de las regiones superiores. Su divisa era el color rojo, y así, le llamaban *el dios rojo*, *el gigante rojo*, y rojo era también el espíritu maligno del año: *Chacuayeyab*, *Chacuayhaab*, *el brujo rojo* del año.

Las fiestas preparatorias del año nuevo de *muluc*, se asemejaban á las del año anterior; sólo que ahora la procesión se dirigía á los mojones del oriente, consagrados á *Chacalbacab*. El ídolo arrojado allí el año pasado, de amarillo se convertía en rojo, y le denominaban *Chacuayeyab*; le colocaban en una asta de madera de *chacté*; y, después de sahumado y ofrecerle una pava, le llevaban, con los mismos regocijos, á la casa del patrón de la fiesta, en donde ya, entre adornos de cogollos y frutas, esperaba la estatua de *Kinichahau*. Bailaban como en

la fiesta de *Kanalbacab*; pero los pasos del baile eran distintos, y también las músicas. Eran aires guerreros que excitaban al corage y á la venganza; las danzas semejaban justas, ó torneos, ó simulaban quimeras, combates, ó batallas; recordaban, en las estrofas de los cantos, proezas de antiguos y renombrados capitanes. Denominábanse estos bailes *holcan okot* y *baatel okot* (*baile de los guerreros*, *baile de las quimeras*). Las ofrendas y sacrificios eran singulares, y la piedra ritual que se colocaba cerca de la estatua de *Kinichahau* era una losa roja que se llamaba *chac-acantun*. En ella se untaba la sangre de los penitentes, ora voluntarios, ora forzados, porque había á quienes se hacía sufrir lesiones y arpaduras contra su voluntad. Tales eran los jóvenes que asistían á la fiesta, y que, cuando menos lo sospechaban, eran agarrados por los sacristanes, y, quisiesen ó no quisiesen, recibían varias cuchilladas en las orejas, hasta dejárselas en listones colgantes. Los presentes de propiciación consistían en bollos, pan hecho con yemas de huevos, en forma de corazones de venado, todo enrojecido con achiotte. El color bermejo era de ritualidad en esta fiesta.

Al concluir los días aciagos, se arrojaba á las afueras á *Chacuayeyab*, mas entonces había de ser en los mojones del norte. El ídolo de *Kinichahau* se llevaba al templo, con el fin de ser adorado en compañía de *Yaxcrahmut*.

El día de año nuevo, reverenciaban á ambos ídolos en el templo, sahumándolos con el copal. Hacíanles particular plegaria, para que en este año no hubiese escasez de lluvias y las cañas del maíz no ahijasen demasiado. A este efecto, ofrecían en sa-

crificio ardillas, y, como ofrenda, unas mantas sin labores, tejidas por las viejas tarascas bailarinas. También ofrecían cabezas de pavos, poleadas de maíz, y guanimiquinajes, especie de perros gozques, únicos que se conocían en Yucatán. Ejecutábanse los bailes de los zancos y de los perros: los unos por hombres trepados en unos altos zancos, y los otros por unas viejas bailarinas feas y nauseabundas, que danzaban con figuras de perros en la mano. Concluía todo, con el sacrificio de un perrillo de espaldas negras, y que fuese virgen, lo cual consideraban en extremo grato á *Yaxcocahmut*.

Al año siguiente tocaba la fiesta á *Zacalbacab* como divinidad de las regiones superiores, y á *Zacuayeyab*, brujo blanco del año, como dios de los abismos,

La letra anual de este año era *ix*, y la divisa de la deidad protectora parecía ser el color blanco, y así, llamaban al ídolo de este año, *Zacalbacab*, dios blanco, *Zacribchac*, gigante blanco; la piedra sagrada se denominaba *zac-acantun*, piedra blanca de los gemidos; y el palo que había de servir de asta, había de ser de madera de *zac-yá*, zapote blanco.

En los cinco días preparatorios, iniciaban la festividad con la procesión á los mojones del norte, para recoger y llevar al ídolo *Zacuayeyab*, sobre una asta de *zac-yá*, á casa del patrón en cuyas galerías se había colocado previamente la estatua de *Itzamná*. Se repetían las ceremonias de los años precedentes, pero con algunas peculiaridades. Así, los bailes eran distintos y se denominaban *alcabthan*, *cama-hau*. A las ofrendas de costumbre añadían empalizadas de codornices

*Zacuayeyab* era arrojado á los términos del poniente, y la estatua de *Itzamná* llevada al templo, para tributarle honores divinos. Hacíanle plegarias para que los librara de desmayos y mal de ojos, de discordias y guerras, de langosta, y pérdida de las cosechas de maíz. El principal homenaje, además de los sahumeros, bailes y arpaduras, era una borrachera general de la que ningún varón del pueblo se eximía.

Al cuarto año se seguía la festividad del poniente dedicada á *Ekelbacab*, (llamado también *Ekpauhtun*, *Ekxibchac*), y á *Ekuaeyab*, el brujo negro. Iban en procesión á los mojones del poniente, en busca de la imagen de *Ekuaeyab*, y la colocaban en una asta de cierta madera llamada *yaxek*, poniéndole á cuestras una calavera, un cadáver y una ave negra de mal agüero llamada *Kuch*,<sup>1</sup> pues este año era señalado con la letra *cauac*, que en su pensamiento anunciaba grande mortandad. Llevaban el ídolo á casa del patrón bailando una danza llamada *xibalba okot*, baile de los demonios, y, cuando llegaban, lo colocaban en la galería, en frente del ídolo *Uacmitun-ahau*.

La piedra ritual era en este año negra y se llamaba *ekel-acantun*, piedra negra de los gemidos, porque el color negro era de rúbrica en esta festividad. Se reiteraban las ofrendas, sahumeros y oraciones; derramamiento de sangre, con unciones á la piedra ritual; y, al terminar los cinco días aciagos, *Ekuaey-*

<sup>1</sup> Parece ser el zopilote, á lo que puede deducirse de la descripción que de esta ave da el P. Landa, diciendo «que es negra, con el pescuezo y cabeza como una gallina, el pico como garabato, y que anda siempre en establos y lugares sucios, y que muchos creen ser los verdaderos cuervos».

*yab* era arrojado á los términos del medio día, mientras la estatua de *Uacmitun-ahau*, era conducida al templo.

El año de *cauac* era de mayor solemnidad. El año nuevo, junto con la estatua de *Uacmitun-ahau*, ocupaban lugar prominente, en el templo, los ídolos *Chichac-chob*, *Ekbalamchac*, *Ahcanuolcab*, *Ahbuluchalam*. Entre los presentes de este día, se señalaban las *iguanas*, un manojó de flores escogidas, una piedra preciosa, y dos pelotas de la resina de un árbol, llamada *kik*, que se quemaban como agradable incienso.

Mas el gran suceso del día, la ceremonia preferida, era el baile de las candelas, que duraba casi todo el día, y se prolongaba hasta la prima noche. Para el efecto, preparaban con anticipación, en el atrio del templo, un gran edificio de madera circular y abovedado. Lo henchían de leña seca cuidadosamente apilada de abajo arriba por todos lados, aunque dejando paso libre y franco en el centro, para que se pudiese entrar y salir sin dificultad por las varias puertas del edificio, como en un jubileo. Sobre la cumbre de la gran pila de madera combustible, se arreglaba un espacio libre y cómodo donde pudiera caber un hombre sentado ó en pie.

En la mañana del año nuevo, después de los sahumeros y ofrendas del templo, se dirigía la concurrencia junto á la gran cúpula de madera, que convidaba á los devotos, con sus puertas de par en par, y sus muros engalanados. Cuando todo el pueblo hormigueaba en derredor, subíase un sacerdote al asiento preparado sobre el rimero de leña, y desde la altura, al compas del *tunkul*, entonaba una

canción quejumbrosa, cuyas estrofas, sin cesar repetidas en el mismo tono, resonaban melancólicamente bajo la bóveda. Al escucharse la voz clamorosa del cantor, el baile se organizaba, y los devotos, con manojos de varillas secas y sonoras en las manos, se colocaban en filas, y, con gesticulaciones, brincos y acompasados saltos, iban entrando y saliendo en interminable hilera por las puertas de la cúpula: hora por hora, las filas se iban prolongando, haciendo vueltas y tornos como una inmensa serpiente. A un cantor sucedía otro, y á los danzantes fatigados, otros que llegaban frescos; y así, hasta la tarde, el baile seguía sin interrupción, escuchándose en acorde concierto, los ecos de las cántigas y la resonancia del *tunkul* monótono y quejumbroso.

Al caer de la tarde, daban ligera pausa al baile para descansar y comer; mas, apenas entraba la noche, volvía la multitud con hachones y teas en las manos, y acercándose al edificio con estudiado recogimiento, le pegaban fuego por distintos lados. Levantábanse rápidas las llamas, y, en breve, el gran rimero de leña, y la construcción toda, quedaban convertidas en inmensa pira. Cuando todo estaba reducido á cenizas, los devotos más fervientes continuaban el baile, pisando sobre las calientes cenizas, como si danzaran sobre un pavimento de frío mármol. A poco rato, se les veía con las quemaduras y escoriaciones naturales, las cuales sufrían con valor, como cosa muy agradable á sus ídolos, y como medio seguro de atraerse su benevolencia y amparo contra los malos agüeros del año de *cauac*, en el cual se les anunciaba hambre, pestilencia y mortandad, y pérdida de los maizales. Terminaba el baile, como

otras veces, bebiendo sin medida el vino de *balché*, hasta perder el sentido.

En todas estas festividades de los días aciagos y del año nuevo, todos los mayas tomaban parte, no sólo por devoción sincera, sino por miedo. Temían supersticiosamente que, de no rendir homenaje á las divinidades y genios influyentes del año, les habían de acaecer desastres. Así es como creían ciegamente que, si no asistían á las fiestas de *Kanalbacab* del año de *kan*, de seguro padecerían graves dolencias, enfermedades penosísimas; de mostrarse fríos é indiferentes con *Chacalbacab*, en el año de *muluc*, no se librarían de un temporal de seca excesiva, seguido de pérdida de cosechas; si descuidaban manifestarse devotos de *Zacalbacab*, en el año de *ix*, les habrían de sobrevenir pestes, carestía de artículos de primera necesidad, discordias, guerras intestinas, langosta, hambre y despoblación de la tierra; y por último, que *Ekelbacab*, el más iracundo de los dioses *bacabes*, tenía preparadas calamitosas plagas con qué herirlos, si menospreciaban su culto. Se imaginaban que el año de *canac* traía un agüero preñado de infortunios, y así, lo simbolizaban con signos de muerte y dolor. Temían en este año, mortandad espantosa en hombres y bestias: aun el color ritual del año era funesto: el negro.

Para evitar la realización de los funestos presagios de cada año, en los cinco días preparatorios ó aciagos, además de las solemnidades públicas ya reseñadas, cada individuo y cada familia se entregaban á observancias peculiares del tiempo. Se pintaban de negro los rostros con el tinte del palo de Campeche, que llamaban *hek*, se encerraban en sus

casas, no se peinaban ni bañaban, y vacaban á todo trabajo fatigoso. Ayunaban, y los que no podían ó no querían ayunar guardaban abstinencia de ciertos condimentos, como sal y chile. Al concluir los días aciagos, un cambio completo se verificaba en las cosas y personas: el menaje de la casa se mudaba con otro nuevo, se cambiaban la ropa, se barrían las casas, patios y calles, y la gente se vestía de lo mejor, pintándose de rojo el rostro, peinándose y acicalándose con exquisito primor: todo rebo-saba, entónces, alegría, satisfacción y esperanzas de dicha. Con los sacrificios hechos, creían haber conquistado la seguridad de un año venturoso.<sup>1</sup>

Después de las fiestas de año nuevo, que, como hemos dicho, caían el 16 de Julio, no había otra festividad religiosa sino hasta el mes siguiente. El 22 de Agosto, comenzaba la fiesta de los sacerdotes, médicos y hechiceros. Como en todas las fiestas mayas, había un patrón que daba su casa para la solemnidad, y costeaba de su bolsa los gastos. Era electo anualmente, y se complacía en cumplir su cargo á satisfacción.

No en un mismo día se celebraba la fiesta de los sacerdotes, y la de los médicos ó hechiceros. La de los sacerdotes llamábase *pocam*, y se dedicaba á *Kimichahau-Itzamná*, á quien tenían por fundador del sacerdocio, y como prototipo el más ilustre.

La primera ceremonia de la fiesta de *Pocam* era la purificación del lugar, con la pretendida expulsión de los espíritus malignos. Para esto, el pavimento se cubría de follaje, y sobre él se sentaban

<sup>1</sup> Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, publicada por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.

los sacerdotes, después de haber adorado á *Kinichahau-Itzamná*, cuya imagen, colocada en lugar preferente, presidía la fiesta. Extendían los libros sagrados sobre la yerba verde, y los rociaban con agua saturada de cierta sustancia llamada *yaxcab* ó *yaxaac*, de color de cardenillo, que oportunamente se hubiese recogido en el fondo de una selva; adonde jamás hubiese penetrado una mujer. El sacerdote más sabio leía en seguida, y procuraba descifrar los pronósticos del año, y, sentado ó en cuclillas sobre el pavimento, predicaba en voz clara á los circunstantes lo que había acertado á descubrir en el impenetrable futuro. Los demás escuchaban devotamente el sermón, en el cual no se omitían los consejos y remedios para librarse de los males previstos. Inmediatamente de concluído, se elegía al patrón para la fiesta del año venidero; el resto del día lo pasaban bailando una danza sagrada llamada *okotbil*; y, por la tarde, se servía un banquete preparado con los platos fabricados por la familia del patrón, y con los presentes que cada cual había traído para ofrecer á *Kinichahau-Itzamná*: menudeaba la bebida del *balché*, y no era raro que todos acabasen por embriagarse.

Al día siguiente, era la fiesta especial de los médicos y hechiceros, y se llamaba de *Cilich Xchel*, diosa de la medicina. Se reunían sacerdotes, *chilames*, médicos y hechiceros; pero, á diferencia de la fiesta de *Pocam*, en que estaba vedada la presencia de mujeres, en la de *Cilich Xchel* debían ir todos acompañados por sus esposas. Llevaban consigo, envoltorios de yerbas medicinales, piedras de adivinación, é idolillos de la diosa de la medicina *Ixchel*.

quién, con *Itzamná*, *Citbolontun* y *Ahau-Chamahez*, también dioses de la medicina, presidían la fiesta. Sus estatuas ocupaban lugar distinguido, y á ellos se dirigían las oraciones, presentes y sahumerios. Mientras que los sacerdotes quemaban el copal, con el fuego nuevo preparado por los *chaques*, en el brasero de barro, éstos embadurnaban de arcilla verde y azulosa, *yaxcab*, los rostros de los ídolos. Sacerdotes, médicos y hechiceros, cargando á cuestas sus envoltorios de medicinas, bailaban la danza *chantunyab*. Luego, separados los hombres y las mujeres, comían y bebían á su gusto.

El 1º de Septiembre, tocaba su turno á los cazadores. La fiesta se consagraba á los dioses de la caza, *Acanum*, *Zuhuy-Zipí* y *Tabai*, y concurrían á ella con todas sus armas y utensilios venatorios. Después de los sahumerios y unciones de tierra verde ó azulosa á los ídolos, los cazadores bailaban en honor de los dioses de la caza, con una flecha en la mano izquierda y una calavera de venado en la mano derecha: el baile se alternaba con dolorosas arpaduras en las orejas y lengua, y con libaciones de *balché*, y bailando y bebiendo se pasaban el día.

El 12 de Septiembre era la fiesta de los pescadores. Daba ocasión á mucho regocijo y júbilo, y á paseos muy agradables á las playas. La fiesta estaba dedicada á los dioses de la pesca, llamados *Ah-Kak-Nexoi*, *Ahpua*, *Ahcitz* y *Amalcum*. Para celebrarlas, se reunían en grupos, y tomaban el camino de la costa; á la orilla del mar, en un lugar limpio y arreglado, sembraban un palo alto y grueso; y, á su rededor, bailaban el baile llamado *chohom*, muy alegre y divertido. Después de la danza, se or-



ganizaban grandes partidas de pesca, que, en piraguas, salían á la mar, con gran recaudo de redes y anzuelos, y, al volver en la mañana con el pescado cogido, se les recibía con músicas, alegría y entusiasmo: banquetes espléndidos de pescado fresco se verificaban en los días de la fiesta, que eran todos de huelga y contento. Entre comidas, bailes y nocturnas pescas, se pasaban los días, alternándolos con ofrendas de peces á los dioses de la pesca. Algunos santurrones se arpaban las orejas á la redonda, y con las orejas despedazadas bailaban la danza del *chohom*.

Los recreos de las fiestas de los pescadores eran seguidos de los preparativos de la no menos jubilosa fiesta de las mieles, en que tomaban la parte principal los propietarios de colmenares, pues que tenía por objeto alcanzar una buena cosecha de miel. Se dedicaba á los dioses *bacabes*, y en particular á *Kanalbacab*, por otro nombre, *Hobnil*. Desde el 16 de Septiembre, los colmenares se aseaban, el suelo se barría, la casa se reparaba cuidadosamente, y se limpiaba el terreno en circunferencia, para dejar el colmenar libre y desembarazado; apenas algunas flores silvestres se dejaban crecer en torno, para que las abejas libasen la miel; y, no léjos, colocábanse depósitos de agua, para que en ellos encontrasen refrigerio. Entretanto, el propietario del colmenar había avisado al sacerdote; y éste y sus sacerdotes se entregaban á ayunos verdaderos ó fingidos, para atraer las bendiciones de *Kanalbacab*, sobre los colmenares.

Llegado el 4 de Octubre, día señalado para la fiesta, se abrían de par en par las puertas de la ca-

sa del patrón, se engalanaba el solar con follage y flores, y se practicaban, como de ordinario, las ceremonias del culto, con ofrendas y baile. Había de extraño, esta vez, que toda mutilación, todo derramamiento de sangre, estaba prohibido: era una fiesta de paz y suavidad.

El principio de Noviembre estaba señalado por una fiesta importante y muy popular, que, por cinco días consecutivos, se celebraba sólo en Maní: era la fiesta de *Chic-kaban*, dedicada á *Kukulcán*, que tenía un santuario muy venerado en la capital de los *Xiues*. Esta fiesta era uno de los recuerdos que quedaban de la antigua nacionalidad maya: por esto, en ella, acudía á Maní numeroso concurso de gente de todas las regiones de la península, y los cacicazgos se turnaban en los homenajes que debían rendirse á *Kukulcán*: cada cacicazgo, por riguroso turno, debía presentar, por medio de su cacique, en el santuario de Maní, cuatro ó cinco banderas finamente bordadas de las más vistosas plumas.

La llegada de las banderas era señal de la apertura de la solemnidad. En la tarde, se reunían, en el palacio de los *Xiues*, todos los caciques, señores principales y sacerdotes. El cacique de Maní empuñaba una de las banderas, y, seguido de gran gentío, iba en procesión hacia el templo, llevando á su cabeza cuadrillas de cómicos, que en esta fiesta hacían gran papel. Con calma y sosiego, se dirigían al templo de *Kukulcán*, el cual, de antemano preparado, estaba abierto. En pocos momentos, el templo quedaba lleno de bote en bote, y las filas de los silenciosos magnates del país, sacerdotes y dignatarios, se abrían paso con dificultad entre la apreta-

da multitud. Con redoblados esfuerzos ganaban la testera del templo, para hacer sus plegarias, y colocar en el fondo, y en lugar encumbrado, las banderas ofrecidas por el cacique de la provincia á la cual tocaba el turno en el año que corría.

Entretanto, el atrio del templo se iba cubriendo de hojas verdes recién cortadas, y los circunstantes, con devoto apresuramiento, iban colocando sobre ellas idolillos de diversas figuras, sustancias y tamaños, y el humo del copal subía de millares de braseros que por doquiera chispeaban. Ofrendas de comidas guisadas sin sal ni chile se depositaban junto á los ídolos y en el interior de los templos. Alternaban con las comidas, horchatas de pepitas de calabaza. Los cómicos representaban sus sainetes, los bailarines bailaban, y salmodiaban los cantores al son de los instrumentos músicos. Así se pasaban cinco días y cinco noches, sin que el templo se cerrase, para recibir á los devotos que sin cesar acudían de todas las regiones del país. Los sacerdotes y los caciques no desamparaban ni un instante á *Kukulcán*; y, mientras que las multitudes se renovaban sin tregua, los farsantes salían del templo é iban de casa en casa, por todo el pueblo de Maní, representando fábulas y comedias, haciendo bailes, y recogiendo dádivas, que llevaban al templo para distribuirse entre los sacerdotes y cómicos. La fiesta concluía con otra procesión del templo á la casa de los *Xiues*, en donde se depositaban las banderas.

En el mes de Diciembre, había tres fiestas: la una en honor de todos los dioses, llamada *Oloh-zab-kam-yax*; la de los colmeneros, para pedir flores

abundantes en que las abejas libasen la miel; y la de la fabricación de los ídolos.

En la fiesta de *Oloh-zab-kam-yax*, pintaban de tierra verde, azulosa, *yaxcab*, todos los útiles y herramientas de oficios de hombres y mujeres, desde el manual del sacerdote, hasta la rueca y el huso. Juntaban en el templo á todos los niños y niñas, y, cuando estaban ya congregados, un sacerdote se dirigía á los niños, y una sacerdotisa vieja, vestida de plumas, llamada *Xmol*, se llegaba á las niñas, y cada uno, respectivamente, iba dando á cada niño ó niña, nueve golpecitos en cada articulación, para que los dioses les diesen destreza y habilidad en la profesión que hubiesen de escoger.

En un día de Enero ó Febrero, se hacía la fiesta dedicada á los *Chagues*, dioses de los maizales, y que llamaban *Ocna*. Los hechiceros, entónces, hacían sus pronósticos, se reparaban los templos, y se renovaban los incensarios de los ídolos. Era también cuando solían escribir inscripciones murales de los sucesos más importantes.

En Febrero ó Marzo, los cazadores volvían á hacer otra fiesta de impetración y penitencia, porque juzgaban que los dioses de las selvas no miraban con buenos ojos tanta sangre como derramaban en sus cacerías, y así, trataban de aplacar su enojo con el humo del incienso y con la sangre de las bestias que cazaban. De aquí, la costumbre de pintar el rostro de los ídolos con la sangre del corazón de los venados ó aves, y, con ésto, creían ya libres de daño sus sementeras.

Luego se seguía la fiesta del séptimo *ajau*, que, como fiesta movable, los sacerdotes fijaban de ante-

mano. Duraba tres días, y servía de pretexto á orgías prolongadas.

En Abril ó Mayo se hacía la fiesta de los ancianos, dedicada á los *Chagues*, dioses de la agricultura y de los campos. Se preparaba la fiesta con la ceremonia del *tup-kak*, (apaga fuego), que se verificaba en el atrio del templo. Con tiempo, se prevenían para ella cogiendo en el bosque, con ayuda de lazos y trampas, toda clase de aves, cuadrúpedos y sabandijas, que criaban y conservaban para el día del *tup-kak*. Este día, el atrio del templo presentaba curioso aspecto, por la diversidad de bestias que se encontraban. Se veían tigres, leones, lagartos, zorros, iguanas, culebras, escarabajos y multitud de otros animales. Venían el sacerdote y los *chagues*, y formaban con cordeles de henequen un recinto cuadrado, cuyo centro ocupaba el sacerdote, y las cuatro esquinas, los *chagues* ó sacristanes. Cada *chac* tenía junto á sí un gran cántaro de agua; y el sacerdote, un manojo de varillas secas y un brasero con brasas. Espolvoreaba copal en el pebetero, pegaba fuego al haz de carrizos, y, entretanto que el pebetero exhalaba al aire sus aromas, y las llamas consumían los carrizos, arrancábase el corazón á las bestias, presentábanlos sangrando al sacerdote, y éste, con afectada devoción, los iba echando al fuego. A falta de animales vivos para quemar, imitaban sus corazones con amasijo de copal, y también los echaban al fuego. Reducido á cenizas el último corazón ofrecido á los dioses de la selva, se acercaban los *chagues* al brasero, llevando sus cántaros á cuestas, y, echando el agua en la hoguera, apagaban el fuego.

Al día siguiente, la decoración del atrio se había mudado. A los animales de todas clases había sucedido un suelo limpio y aderezado con hojas verdes y frescas flores, y, en vez del gran pebetero para quemar los corazones, un rimero de piedras, en forma de montículo ó pequeña pirámide, con escaleras en los lados; y no lejos, abajo, una porción de lodo sacado de los pozos, y bastante espeso. Reuniendo el pueblo, el sacerdote untaba con lodo una de las escaleras; y las demás, con la greda verde azulosa, que era de rito en las solemnidades del culto. Sahumaba, hacía ensalmos, recibía presentes, y, como siempre, el epílogo era un succulento banquete. Pensaban que, con estos homenajes, los dioses de los montes y de los bosques les quedarían propicios, y enviarían lluvia abundante á sus sementeras. Por ello, esta fiesta siempre se hacía al aproximarse la estación de las aguas.

Otra fiesta agrícola celebraban en Abril ó Mayo, y era la de los cacahuales, que se hacía solamente por los propietarios de hoyas de cacao, en el sudeste de la península. Escogían para ella el lugar mismo del cacaotal, y se dedicaba á los dioses *Ekchuah*, *Chac* y *Hobnil*, á quienes tenían por abogados. Sacrificábanles un perro color de cacao, iguanas azules, y plumas de aves. Todos los asistentes eran obsequiados con bayas de cacao, y al sacerdote oficiante se le ofrecía la más hermosa de la cosecha del año.

La última fiesta solemne del año maya era la de los guerreros, denominada de *Pacumchac*, y que se verificaba en los meses de Mayo ó Junio. Esta se celebraba en la capital del cacicazgo, y, para ello,

se reunían todos los señores y sacerdotes de los pueblos inferiores, y se preparaban pasando cinco noches en retiro en el templo de *Citchaccoh*, y rindiendo á este ídolo frecuentes cultos de ofrendas y sahumerios, presididos todos por el *nacón*, jefe del ejército, á quien iban á buscar á su casa con gran pompa, lo llevaban en andas al templo, le ponían en lugar preferente, y le incensaban como á los mismos ídolos.

Pasados los cinco días y cinco noches de preparación, se abría propiamente la fiesta con una procesión al rededor del templo de *Citchaccoh*, en la cual el *nacón* era conducido en andas, con músicas, perfumes y reverencias. Luego sacrificaban un perro, y se quebraban grandes ollas de bebidas refrigerantes, cuyo rompimiento estrepitoso daba la señal del banquete. Todos se ponían á comer y á beber sin medida, para lo cual, sobraba con las numerosas ofrendas de comestibles y bebidas que los devotos habían llevado. Sacerdotes, caciques y gente del pueblo, se embriagaban á más y mejor, con excepción del *nacón*, el cual, con afectada circunspección, se mantenía fuera de todo escándalo, y era llevado á su casa con gran acompañamiento, pero sin música ni estrépito alguno.

Al día siguiente, todos se volvían á reunir en casa del cacique, á recibir regalos de incienso que se distribuían, y á oír un discurso que el cacique mismo pronunciaba. Se reducía á recomendarles tomasen el mayor interés en celebrar las fiestas del *Zabacil-than*, que se hacían en cada localidad para alcanzar un año de abundante cosecha, pues las mieses eran preocupación constante de los mayas. Du-

rabán estas fiestas hasta los días aciagos que precedían al año nuevo, y consistían, como todas, en ofrendas, sahumerios, bailes y borracheras. Las fiestas del *Zabacil-than* tenían un patrón ó muñidor, para cuyo encargo se escogía al hombre más rico del lugar, que, por sus posibles, estaba en aptitud de costear los gastos de tan prolongada solemnidad, que duraba nada menos que tres meses consecutivos.